

mantenimiento del régimen franquista, sobre todo después de la victoria del mundo liberal en la Segunda Guerra Mundial, lo obligó a una serie de adaptaciones a la realidad internacional. Al fin y al cabo, España vivía porque detrás estaban potencias como Estados Unidos. Esto implicó la adopción de ciertas reformas internas que no procedían de razones ideológicas, sino de las conveniencias oportunistas de un triunfador absoluto, que podía hacer lo que quisiera en el orden interno porque nadie le iba a pedir cuentas. La Falange sí fue un germen de totalitarismo fascista a la española, pero no pasó de ahí, puesto que fracasó durante la Guerra Civil. Tras ella, no fue más que un añadido a los vencedores, y puedo decirlo por experiencia personal.

– *Usted, como otros intelectuales –Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar– se adhirió de joven a la Falange. ¿Creía ver en esta formación una fuerza revolucionaria?*

– La verdad es que sí, pero el hecho de que faltase su fundador y animador, José Antonio Primo de Rivera, motivó que la Falange cayese en manos de segundones como Raimundo Fernández Cuesta y tantos otros, que para vivir se entregaron totalmente al régimen. Los que mandaban no eran ellos; el que mandaba era Franco, a quien también se entregó totalmente el ejército triunfador.

– *¿Se desilusionó pronto de la Falange?*

– Debo contestarle con sinceridad y con verdad: yo me desilusioné al término de la Guerra Civil, en cuanto fui testigo de los abusos inmediatos de los vencedores, que se aprovecharon desmesuradamente de su condición de tales. Íntimamente ya estaba despegado de la Falange y de las esperanzas que había depositado en ella, evidentemente infundadas. Ahora bien, no soy político ni he aceptado serlo en la medida en que he podido. Viví esa crisis de una manera personal; esa conciencia de fracaso la tenía yo en cuanto finalizó la Guerra Civil, incluso mi amistad con Dionisio Ridruejo influyó mucho en mi visión de las cosas. Tuve una amistad muy íntima, muy cordial con Dionisio; cuando él volvió de combatir en Rusia con la División Azul y escribió la famosa carta a Franco (creo que en 1942), puedo decir que mi desilusión ya era completa. En 1956, a causa de los sucesos universitarios, abandoné el rectorado de la Universidad de Madrid y rompí totalmente con el régimen, en función de una actitud de insatisfacción interna.

– *¿Cómo había accedido al cargo de rector de la Universidad de Madrid?*

– En el verano de 1951 me llamó por teléfono mi amigo Joaquín Ruiz Giménez, entonces embajador de España ante la Santa Sede, para citarme en una casa de la calle Hermosilla. Me dijo que Franco lo quería hacer ministro de Educación, y agregó: «Pedro, yo quiero contar contigo y quiero que seas mi subsecretario; tus méritos son superiores a los míos para ser ministro, con lo cual seríamos ministros los dos.» Me costó resistirme, pero salí de allí rechazando el ofrecimiento y convencido de que había resuelto el trance. A los pocos días me volvió a llamar y volvió a la carga: «No insistiré en lo que te ofrecí antes, te voy a pedir otra cosa: que seas rector de la Universidad de Madrid. Eso está dentro de tu carrera universitaria, no puedes negarte.» Me insistió tanto que al fin acepté, pero le advertí que yo le traería problemas, porque mis ideas acerca de lo que debía ser la Universidad y del carácter que debían tener las relaciones entre la Iglesia y el Estado no estaban de acuerdo con las imperantes. Efectivamente, un mes después, en octubre, le escribí una carta para dimitir, cosa que Ruiz Giménez rechazó, por la controversia que habían provocado unas palabras mías, pronunciadas casi en tono de broma en una reunión nacional de rectores, proponiendo la eliminación de las asignaturas Formación Política y Formación Religiosa. Mis palabras llegaron a oídos del cardenal Segura, quien me condenó públicamente. Esa era mi actitud íntima al entrar en el rectorado, y, por supuesto, al salir.

– *La medicina es una de las ciencias que ha experimentado transformaciones más espectaculares en este siglo. Usted, como especialista en su historia, ¿cuáles destacaría como más significativas?*

– En primer lugar, la revolución en el tratamiento de las enfermedades infecciosas consecutiva a la fundación de la bacteriología y a los hallazgos de Pasteur y de Koch a finales del siglo XIX. Segundo, la penetración de la biología molecular en la teoría de la medicina y su influencia en el campo de la inmunología, que tiene relación con lo anterior. Luego, los avances técnicos, principalmente quirúrgicos, los trasplantes de órganos. Pero al mismo tiempo, se ha dado otra transformación extraordinaria: poco a poco, el médico fue descubriendo que el modo de entender al enfermo propio de esa medicina que ha conocido avances tan fabulosos es deficiente, y surge la apetencia de un enfoque con fundamento teórico de la relación médico-enfermo. Este nuevo enfoque debe considerar al enfermo en

su condición de hombre, y por lo tanto, de persona, y cuenta con distintos aspectos, uno de los cuales es el psicoanalítico. El proceso de cambio en la actitud del médico respecto del enfermo promueve una serie de líneas de desarrollo y de reorientaciones que podrían resumirse bajo el denominador común de personalización de la medicina. El enfermo debe ser considerado antes que nada como una persona que sufre el accidente llamado enfermedad.

– *Además de la historia de la medicina, usted ha centrado su reflexión en temas de antropología filosófica, que ha abordado en numerosos libros...*

– Yo no diría que he abordado la antropología filosófica; sólo reconozco que lo que tiene de preocupación filosófica mi obra intelectual se dirige a la realidad del hombre y su vida.

– *Algunas corrientes de pensamiento fueron hegemónicas a lo largo del siglo XX y ejercieron una enorme influencia, como el positivismo lógico, el marxismo, el existencialismo, en sus vertientes atea y cristiana, y la fenomenología. ¿Cómo valora éstas u otras tendencias filosóficas y cuáles cree que han dejado huellas más profundas?*

– No soy filósofo: he buscado fundamentos de mi saber y de mis posibilidades en lecturas filosóficas. Aclarado esto, debo decir que considero la fenomenología como la corriente de pensamiento que más profunda y vasta influencia ha tenido en la filosofía de este siglo, y a Husserl el filósofo más importante, tanto por su obra personal, que es inmensa –todavía no ha sido publicada en su integridad– como por el eco fecundo y movilizador que su actitud filosófica ha tenido en otros pensadores. Entre ellos, los que para mí han sido más próximos: Ortega, Heidegger y Zubiri. Los tres parten de Husserl y de la fenomenología, y elaboran luego genialmente su propio pensamiento.

– *Las preocupaciones estéticas nunca le han sido ajenas. ¿Qué quedará, en su opinión, de las vanguardias artísticas que convulsionaron este siglo?*

– Me he interesado bastante por la pintura. Pienso que el hecho fundamental que distingue a la pintura del siglo XX consiste en que prescindió del tema, desde el comienzo, con dos orientaciones diferentes: una más colorista y la otra más intelectualista. Entonces se comienza a pintar sin referente objetivo, ni histórico, ni natural, y se lo sustituye por componen-

tes parciales de la misma pintura: la forma, el color. Por supuesto, siempre existió en los artistas la noción de estructura, pero con Kandinsky y Mondrian se llega a la elaboración de una pintura que es reducida a estructura básica, a experiencia visual. Pues eso se ha dado en nuestro siglo.

– *¿Quedará la abstracción, entonces?*

– Me parece que es un hallazgo muy importante pero parcial. Y aunque se ha desarrollado plenamente en esta centuria, tiene antecedentes teóricos remotos. En ese sentido, podemos considerar a Platón como el patriarca de la pintura abstracta. En uno de sus diálogos de la vejez, revisa el desprecio olímpico que había tenido por lo sensible, y por lo tanto por el cuerpo (la distinción entre placeres puros e impuros: los puros son los que le llegan al hombre través del alma, de la mente; los impuros los que le llegan a través del cuerpo), y admite que puede haber placeres puros que entren a través de los sentidos, del cuerpo, a condición de que el hombre, el artista, reduzca los datos sensoriales inmediatos a abstracciones intelectuales.

Por otra parte, está el descubrimiento del valor del color como color en sí, que está inscripto en la línea de la psicología del siglo XX, que ha investigado mucho sobre los colores y las emociones que producen, como tales, en los hombres. Estas dos novedades revolucionarias de la pintura del siglo que acaba, a las que habría que agregar otras actitudes estéticas, como el surrealismo, no pueden perderse. De alguna manera son aportes que perdurarán, pero creo que se tenderá, en el futuro, a visiones más integradoras de los hallazgos particulares.

– *La Guerra Civil española ha sido otro de los grandes acontecimientos del siglo. ¿Qué conclusión sacarías hoy de ella?*

– Varias. Por ejemplo, que debe obligarnos a una revisión a fondo del nacionalismo; España no lo ha hecho por sí sola, intenta hacerlo pero no lo ha hecho. También nos enseña a qué pueden conducir las ideologías cuando se encarnan: pueden conducir a creencias fanáticas, a una guerra civil con terribles actos de crueldad por ambas partes. Los frutos políticos de la Guerra Civil, si ha de tenerlos, deben moverse en dos líneas: la noción del Estado como Estado de las autonomías, y la admisión de la existencia y de la razón de ser del discrepante, la convivencia con él. Se ha avanzado mucho en estos dos temas gracias a la vía que abrió la transición, pero a mi juicio, no están todavía totalmente resueltos; basta con leer los periódicos de cada mañana para comprobarlo.